

Mansedumbre doliente se enfiorece
 en la boca real de Amor sellada
 y la linfa evangélica enmudece
 con sólo voz y aliento en la mirada.

Manto imperial de rosas desvaídas
 y corona de espinas homicidas
 dió al Justo la falaz Roma pagana...

Por ello, en tal celada tenebrosa,
 dió el Arte al Hombre-Dios la más hermosa
 belleza y luz en su prestancia humana.

III

LA ASCENSION DEL SEÑOR

Tu silueta de luz perla de albura
 la claridad del Monte enfiorecido
 y es pobre de los astros la blancura
 junto a la llama de tu pie encendido.

En el suelo ha quedado lumbre pura,
 mientras tu manto nítido y fluído
 cubriendo va del bosque la espesura
 con ráfagas de un sol recién nacido.

Todo el cielo se viste de belleza
 y los Angeles todos ¡Oh Grandeza!
 reciben de ti mismo resplandores...

Tiembla la Tierra pálida y vacía
 y al ascender al Padre tu Harmonía,
 quedan sólo a tu grey, hiel y dolores.

ANTONIO LOPEZ MARTINEZ



Voces y expresiones viciosas

Para D. Ricardo Becerro de Bengoa



EN lo fundamental es-
 tamos de acuerdo.
 Las discrepancias

que pudiera haber entre el Sr. Becerro de Bengoa y yo, proceden de la mayor o menor severidad de nuestros puntos de vista respecto de la tendencia neológica de estos días. Absurdo será pretender que el lenguaje sea un instrumento invariable. Si colocamos delante de un espejo a una persona o un objeto, el espejo nos ofrecerá las imágenes correspondientes. Pero si varían las facciones de la persona, o su indumento, o la configuración o las dimensiones del objeto, es decir, cualesquiera de los elementos constitutivos de la una o del otro, no pretenderemos que el espejo nos siga ofreciendo las imágenes anteriores, ya que ha de recoger por fuerza los cambios o modificaciones experimentados. Pues bien, el lenguaje es el espejo adonde van a mirarse nuestras ideas y nuestros afectos: el mundo que nos rodea y el que llevamos dentro, y si tales mundos cambian o se alteran, debido a un imperativo de la evolución natural, el lenguaje —su espejo—habrá de denotar tales mudanzas y variaciones.

Pero esta seguridad que tenemos en cuanto toca al desarrollo de una lengua cualquiera, máxime de las que son vehículo o modo de expresión de una cultura perfectamente elaborada, no nos autoriza a, en un frenético derroche de aportaciones personales, subjetivas, aumentar el léxico con voces que no tengan una procedencia legítima y una adecuada justificación.

Si a mí se me antoja decir: «ditirambear a una persona», en vez de: «elogiar, encomiar, alabar, ensalzar, loar, encarecer, etc. a una persona» cometo un acto frívolo, innecesario, ya que la riqueza del lenguaje para la expresión de mi pensamiento sobre este particular, hace superflua toda nueva aportación léxica. Y si tengo una palabra de tan noble tradición oral y escrita como presuponer. ¿por qué he de decir o escribir *presupuestar*, o si puedo resolver una cosa, ¿por qué he de *solucionarla*?

Cuando una palabra se emplea mal, que nadie me venga diciendo que lo hace así por razones estilísticas o por cierto *snobismo* litera-

rio. La emplea mal porque desconoce su significación, pues a nadie que tenga buen sentido y por muy dado que sea a lo que Kant llamaba «extravagancias poéticas», se le ocurrirá seguir llamando dintel al umbral; si un día topa por casualidad o mediante el estudio, con la significación de dintel: parte superior de una puerta. (1)

La ignorancia del lenguaje nos lleva muchas veces a cometer torpezas tan risibles, como suponer que *contrafigura* es la figura contraria. Esto es lo mismo que tocar el piano de oído. Hay muchas personas que escriben de oído, por pensar sin duda, como los teólogos, que este órgano es el del aprendizaje (*sensus disciplinae*), pero como se suele hablar y escribir más mal que bien, el que no se toma la molestia de considerar despacio el sentido o valor de las palabras corre el peligro de aquel traductor de Richard Müller-Freienfels, que sin pararse en barras escribió: «El «hombre eufórico» representa la *contrafigura* del tipo anterior» (el «depresivo»)... «Los subtipos S representan la *contrafigura* de los subtipos I» (De caracteres diferentes éstos de aquéllos). (2)

Más de lamentar son los descuidos o distracciones cuando el marco en que se encuadra nuestra actividad es muy relevante. Soy muy aficionado a leer las obras de la *Biblioteca de Autores Cristianos* y no he de ocultar que paso un malísimo rato cuando se traduce familiares —*parentum*— por parientes, deudos o allegados; *inicio* de la fe (latinismo innecesario)—*Initium fidei*—, por comienzo o principio de la fe; «no permitas que patine»—*Ne des ad movendum pedem meum*—, por resbalar, escullir, irsele los pies a uno, etc.; *revancha* (gal.) por desquite; *tener lugar* (*avoir lieu*), por suceder, verificar, efectuar, acontecer, etc.; *testimoniar* (*fémoigner*) por atestiguar o cuando se habla de «punto neurálgico» en una obra de San Agustín, o de «bajos fondos» (*bas-fonds*). ¡Con lo que Cavia ha vapuleado no sólo a los escritores españoles que usan esta expresión, sino a los propios franceses, que como los que emplean *contrafigura* por figura contraria, opuesta, pretenden expresar con este maridaje todo lo contrario de lo que en verdad significa ¡*Nulifica[r]*, *dinamiza[r]*, *presionar*, *inviscerado*, *recargamiento*, etc., son otros tantos testimonios del excesivo desenfado de la pluma.

El ya predicho filósofo de Koenigsberg, cuando no encontraba a mano la palabra con que expresar cabalmente su pensamiento, antes que acuñarla por sí mismo, prefería ir en busca de ella a un idioma muerto y sabio. «Forjar palabras nuevas —decía— es una pretensión de legislar sobre la lengua, que rara vez acierta» (3) Y en su obra *Crítica de la razón práctica* afirma: «que forjar nuevas pala-

(1) «...hace que se pierda el verdadero sentido de lo económico, que sólo entre el umbral y el dintel ha de buscarse siempre» Ramón de la Serna. (Trad. de *Formas de vida*, de Spranger) ¡Bien se deduce de este ejemplo que umbral y dintel no son la misma cosa!

(2) Comete igual dislate el traductor de *Vanessa*, de Hugh Walpole; la usa correctamente en cuanto a su sentido, pero en forma de verbo. D. Eduardo Aunós en su *Biografía de París*, y no sé a qué carta quedarme, por razones que omito en obsequio a la brevedad, respecto de la versión del *San Francisco de Asís*, de Chesterton.

(3) *Crítica de la razón pura*. (Madrid, MCMXXVIII), tº II, pág. 235.

bras, cuando la lengua no carece de términos para expresar ideas dadas, es tomar un trabajo pueril para distinguirse de este modo, a falta de pensamientos nuevos y de verdades, pegando un remiendo nuevo a un vestido viejo». (1)

Catastrofal, *programático*, *programación*, *protagonizar*, *relevancia*, *encapsular*, *cardializar*, *alquimiar*. ¡La lista sería interminable! (2).

La acumulación de voces nuevas—neologismos y barbarismos— en una lengua no sólo la hace confusa (Babel), sino incluso inaccesible. Al menos se limita el mundo de los lectores. Porque toda expresión nueva es una fortaleza que hay que conquistar. Y como muchos de estos términos, de flamante hechura y reciente curso, no sólo no figuran en el Diccionario oficial, sino que tampoco aparecen inventariados en las Enciclopedias, al lector más ávido de saber se le frustra el intento y el del estado llano salta por encima de la voz, que reputa de germanía, sin probar a desentrañarla. Modéremos, pues, todo impulso neológico que no esté debidamente justificado.

* * *

La lengua latina no es tan suave y dulce como la griega, pero tampoco es tan dura fonéticamente considerada, que haya que pensar que es sólo la lengua de la fuerza y del derecho—que aún cuando reconozca como principal fundamento la razón, es una expresión de la fuerza en cuanto obliga a los demás. Los césares, cónsules, legisladores y generales se han servido de ella para mandar, pero Virgilio compuso *Las Bucólicas* y *Las Geórgicas*; Tibulo sus elegías y Ovidio aquella celebradísima poesía—*Cum subit illius tristissima noctis imago*—que se cita en cualquier Historia de la literatura universal. No conviene recargar de voces duras una lengua, pues las tristezas, y las ternuras, y el dolor resignado, que tanto espacio ocupan en el bagaje espiritual de los pueblos, necesitan términos adecuados a su íntima estructura.

* * *

Creo que «romanidad» y latinidad son dos voces equivalentes, y que la segunda tiene a su favor una prosapia o abolengo literario, ganado en el curso de larga tradición oral y escrita. Pero no hago hincapié en esta apreciación. El *Latium* será siempre anterior a Roma, como lo es la fuente al río, aunque éste en su marcha se nutra y enriquezca con otros caudales. Esa nueva carga de ideas que en el

(1) Madrid, 1876, pág. 130.

(2) D. Antonio de Zunzunegui es uno de nuestros primeros neólogos. De ello es testimonio irrecusable su novela *¡Ay... estos hijos!* (Barcelona, 1943): *modestada*, *despectivando*, *endelicadora*, *egoistó*, *estuporizados*, *billareaban*, *guarismar*, *desanzuelándose*, *ajuaraba*, *yertez*, *aspavientó*, *pavorrealea*, *asqueativamente*, *atemporalada*, *indisimulando*, *engabardinarse*, etc. y adopta voces anticuadas, como *agüeró*, desusadas, como *vaivenarse* y poco usadas como *anchando*.

orden religioso, jurídico, cultural, político y económico atribuye el Sr. Becerro de Bengoa al vocablo «romanidad», o es un tardío descubrimiento de nuestros días, y esto parece excesivo, o ya estaba encerrado tal lastre ideológico, y así lo estimo yo, en la otra voz precedente; y si a ésta se le quiere dar un sentido restringido, con relación a la lengua, al menos en el adjetivo «latino», como podrían atestiguar las expresiones «cultura latina», «pueblos latinos», «literatura latina», etc. Sea lo que fuere no recibe daño alguno el lenguaje por admitir una expresión tan rica de contenido, y cuya forja, como la de «hispanidad», también de reciente y flamante cuño, ningún punto débil ofrece a la crítica filológica.

Y como otros menesteres relacionados con la lengua demandan espacio y tiempo en siguientes números de *Alcántara*, aunque haya sido para mí muy grato controvertir con el Sr. Becerro de Bengoa, me veo obligado a dar por terminada esta contienda.

Todo el que ponga sus manos
en la lengua de Cervantes
si no la conoce a fondo
cometerá mil dislates.

Hagamos votos, Bengoa,
porque aquellos que la *fablen*
si la conocen, escriban
y si la ignoran, se callen.

¡Al menos hasta que aprendan
a manejar bien los cánones!

Y al que aprenda, Dios le premie
y al que no, se lo demande.

UN APRENDIZ DE HABLISTA



RIO

Flecha disparada al llano

por el arco de la sierra,
vena de la madre tierra
con sangre de cuerpo sano.

Cintillo azul en el busto

garboso de la colina,
que, indolente, se reclina
sobre el murallón adusto.

Camino de plata nueva

que entre olivares avanza,
llevándose la esperanza
de la seca y dura gleba.

Cuando el océano recaba

de ti la suprema cita,
¿recuerdas a la chiquita
que en tu cristal se miraba...?

EUGENIO PAYO